

## ¿PATRIOTAS O TRAIADORES?

### EL MOVIMIENTO DE RESISTENCIA ALEMANA

**N**INGÚN suceso entre todos los que han jalonado el curso de la segunda guerra mundial sigue gravitando tan pesadamente sobre la conciencia alemana como el del movimiento de resistencia contra Hitler que culminó en el atentado el 20 de julio de 1944. Contra la imputación de haber contribuido aquel movimiento a la pérdida de la guerra, con tan espantosas consecuencias para Alemania, se defienden vigorosamente los supervivientes de la conjura, sin que sus argumentos, a pesar del apoyo oficial con que cuentan en la actualidad, logren hacer gran mella en el pueblo, sombrío y silencioso respecto de aquel tremendo capítulo de su historia.

Ratificada sigue hoy, por supuesto, con unanimidad la condena de los excesos, aun depurados de las exageraciones propagandísticas anglosajonas y reducidos a sus verdaderos límites, a que se entregó el régimen nacionalsocialista —las crueldades contra los judíos, la política sectaria anticristiana, la opresión implacable de las opiniones disidentes—. El que estos hechos reprobables hayan podido justificar la alianza de un alemán con el enemigo para contribuir a derrotar a Hitler y con él a su patria, es otro cantar. Por eso constituye la terminante negación de cualquier posible influencia de su actitud sobre el resultado de la guerra el primer cuidado de todos los alegatos en pro del movimiento de resistencia que aparecen en la actualidad (1). La guerra, según esta tesis, habría estado perdida desde su iniciación. Inevitable, forzosamente perdida. La labor de los «resistentes» se habría limitado a procurar aminorar por todos los medios a su alcance las conse-

---

(1) Véase KARL STROLIN, *Verräter oder Patrioten? Der 20 Juli 1944 und das Recht auf Widerstand*.

cuencias de la catástrofe. Por desgracia fueron muchos los libros aparecidos en los primeros momentos de euforia que siguieron al hundimiento del nacionalsocialismo, cuando el único malvado del drama, Hitler, acababa de morir y Stalin simbolizaba una de las más preeminentes y simpáticas «fuerzas del bien» triunfadoras al fin en el mundo, que no signieron tan claramente la consigna y desembozaron un poco precipitadamente maniobras y objetivos cada vez más difíciles de justificar en la actualidad. Schlabrendorf, por ejemplo, en su libro *Offiziere gegen Hitler* confiesa paladinamente el tremendo desaliento que se apoderó de los «resistentes» cuando a la victoria de Polonia siguieron las de Occidente, con el final hundimiento del Ejército francés, y juzgaron ya prácticamente inevitable la victoria de Hitler. «Decidimos, sin embargo —escribe Schlabrendorf—, que el evitarla a todo trance y por todos los medios, aun a costa de una grave derrota del III Reich, era nuestro más imperioso deber» (2).

Hoy día han aparecido ya demasiados análisis sobre la guerra para poderse seguir repitiendo que la guerra estuvo en todo momento fatal e inexorablemente perdida para Alemania. La guerra, por el contrario, siguió un curso variable, a lo largo del cual fueron actuando una serie numerosísima de factores, ninguno de los cuales podría probablemente ser considerado ni decisivo por sí solo ni carente de influencia sobre el resultado. Pero ciertamente, hasta donde sea factible un diagnóstico sobre un problema tan complejo, todo parece indicar que al término de la campaña de Francia quedaban desvirtuadas todas las premisas en que había apoyado su actitud el General Beck al dimitir en el verano de 1938 su cargo de Jefe del Estado Mayor del Ejército por considerar que la política de Hitler en la cuestión de los sudetes conducía necesariamente a la guerra y que ésta estaba sin remedio perdida para Alemania desde su iniciación. Lo cierto fué que Hitler obtuvo en aquella ocasión, sin guerra, un resonante éxito diplomático, y el conflicto que estalló un año después por distinto motivo y en circunstancias bastante cambiadas, alumbró unas victorias en el territorio europeo que hubieron podido ser decisivas en contra de todas las previsiones de Beck, a pesar de lo cual Beck, no hay que

---

(2) «Diesen Erfolg Hitlers unter allen Umständen und mit aller Mitteln zu verhindern auch auf Kosten einer schweren Niederlage des dritten Reichs, war unsere dringlichsten Aufgabe.»

olvidarlo, continuó siendo la cabeza militar de la «resistencia» a todo lo largo de su actuación.

En la continuación de la conjura después de la rendición francesa se hubiera advertido claramente, aunque no lo hubiera confesado con brutal franqueza Schlabrendorf, que no se trataba de una falta de fe en la victoria, sino de un deseo de que la victoria, por ser la de Hitler, no se produjera, aunque ello significara una grave derrota de Alemania. Claro es que para tal animosidad es preciso buscar algún fundamento. Lo cierto es que en las intrigas y luchas políticas de los primeros años del régimen nacionalsocialista algunos actos absolutamente reprobables habían creado odios y resentimientos difíciles de olvidar. El asesinato del general Schleicher en 1934 causó ya una honda emoción entre los generales. Sólo el hecho de que simultáneamente, con la represión del *putsch* de Roehm, ganaba en definitiva el Ejército una baza impidió que aquella muerte tuviera mayores consecuencias. Pero a principios de 1938 el partido dirigió otro golpe contra los generales, que determinó la salida del ministro de la Guerra, von Blomberg, y del jefe del Alto Estado Mayor, von Fritsch, al socaire de una calumnia de homosexualismo contra la prestigiosa figura de von Fritsch y de la boda de von Blomberg —en la que actuaron Goering y Hitler de testigos— con una mujer de turbio pasado. La negativa de Hitler a una amplia rehabilitación de la persona de von Fritsch después de que un alto tribunal militar, presidido por el propio Goering, comprobó la falsedad de la imputación, no le fué perdonada por un gran número de generales.

En definitiva, estos episodios ejercieron hondas repercusiones en la política del III Reich. El Ejército quedó sometido, pero sin «interior satisfacción», arrancando de aquí muchas derivaciones posteriores a primera vista inexplicables, sin que con ello quiera decirse que en ningún caso fueran justificadas. Pero las pasiones humanas, una vez desencadenadas, son imprevisibles en su alcance.

Evidentemente no podrían atribuirse los mismos móviles o deseos, ni englobarse en un juicio común, a todos los «resistentes». El símil del tren usado por Pemán cuando la caída de la Monarquía española, que cada republicano tomó para apearse en la estación de su preferencia, pero que continuó sin detener su marcha, arrastrándolos a todos hasta caer en la sima de la guerra civil, es aplicable a todas las conspiraciones, fáciles de organizar a base de un factor negativo, cerrando los ojos a la identidad de los com-

pañeros de viaje con tal de que coincidan en la oposición al régimen existente. Pero la Historia difícilmente absolverá a los que con tal falta de precauciones contribuyeron en definitiva al triunfo de un mal mucho más considerable que el que no quisieron resignarse a soportar.

El derecho a la rebeldía frente a la ley injusta no es, por supuesto, negado en principio por la recta filosofía. Pero acompañándolo para justificarlo de una serie de requisitos que suelen olvidarse la mayor parte de las veces, de los que no es el último la presunción racional de que no va a agravarse la injusticia con el desencadenamiento de la acción rebelde. En otro caso ya dijo Santo Tomás que el cumplir la ley injusta puede ser mejor que la resistencia, aparte de que todo el fundamento del derecho a la rebeldía descansa en una clara delimitación de las nociones del bien y del mal, por desgracia harto difuminadas hoy o notoriamente influidas por un juego de intereses. Por eso tienen tanta mayor fuerza en la actualidad las concepciones formalistas del Derecho, dentro de las cuales tampoco puede olvidarse como primer factor para juzgar la conducta de los «resistentes» alemanes el hecho de la indiscutible legalidad que rodeó la ascensión de Hitler al Poder, tras la cual recibió el juramento de fidelidad de las fuerzas armadas, juramento que fué manifiestamente violado en el atentado del 20 de julio.

En realidad ninguno de los alegatos en defensa de la conspiración niega de plano en ella la alta traición. Las disertaciones en torno a si fué o no perfecta la legalidad con que Hitler convirtió en absoluto el Poder que en un principio legalmente se le confirió tienen un carácter más bien académico. Pero por encima de todo la defensa insiste en que aunque traidores, traidores al Estado, traidores a la palabra dada, los «resistentés» no fueron traidores a la Patria. El móvil que impulsó su acción habría sido, por el contrario, elevado y patriótico. Hitler era el que con su insensata política conducía fatalmente a la Patria a su perdición. Los «resistentes» lo que querían era el bien de la Patria. Por otra parte, la criminal conducta del nacionalsocialismo habría justificado, en nombre de los eternos principios de derecho, cualquier acto de rebeldía contra el Estado, aunque éste estuviera revestido de una apariencia legal. Enlazándose en este modo de razonar el problema con una larga serie de conocidas teorías en torno a la esencia del Derecho. ¿En qué momento puede anteponerse la fidelidad

a unos valores superiores al cumplimiento de los deberes impuestos por el Estado? ¿Cuáles son las condiciones y límites del derecho de resistencia? Y en definitiva, ¿sirvieron o perjudicaron a su patria los resistentes con su conducta?

La mayor parte de los defensores de la conspiración antihitleriana arrojan a los lobos a los que traicionaron impulsados por un interés personal, a los que cobraron su traición y, por supuesto, en primer término a los que hubieron llegado, impulsados por su pasión o sus deseos de venganza, hasta el sabotaje de la defensa alemana en la guerra, negando, por otra parte, con la mayor energía que tal cosa haya podido ocurrir (3). Pero este es precisamente el extremo más abierto a la controversia.

Para un juicio objetivo hay que dividir la historia de la conspiración en tres fases: la anterior a la guerra, la que continuó durante la misma manteniendo todos los posibles contactos con los anglosajones y la que desembocó en el atentado de 20 de julio de 1944.

Durante la primera fase el sedicente objetivo de los conspiradores era el de evitar la guerra. Para ello el propio general Halder, sustituto de Beck en la jefatura del Estado Mayor del Ejército, envió emisarios a Londres en julio de 1938 para advertir que si Hitler decidía atacar a Checoslovaquia sería depuesto de su mando. La conspiración englobaba a Halder, a Beck, al general von Witzleben, jefe de la región militar de Berlín; a los dos jefes del Servicio de Información, almirante Canaris y general Oster; a una serie de generales divisionarios cuyas tropas se encontraban alrededor de la capital, y a un grupo de civiles dirigidos por el alcalde de Leipzig, doctor Goerdeler. Condición fundamental para la realización del golpe de Estado era la intransigencia británica a las pretensiones hitlerianas, por lo que cuando se anunció el viaje de Chamberlain a Berchtesgaden para negociar con Hitler la noticia cayó como una bomba. «¡Que... él... visitar a ese individuo!», exclamó indignado Canaris al enterarse ante un grupo de los suyos (4). El fracaso de las negociaciones de Berchtesgaden abrió todavía un resquicio a la esperanza y siguieron conminando angustiosamente a la Gran Bretaña para que no cediera con la promesa del golpe de Estado. El viaje de Chamberlain a Munich des-

(3) Véase STROLIN, ob. cit.

(4) IAN COLVIN, *Chief of Intelligence, Canaris, A British Agent?*, pág. 69.

barató definitivamente todos los proyectos de deponer a Hitler.

Al año siguiente estaba más afianzado que nunca el prestigio de Hitler y deshecho el de los conspiradores. El pueblo alemán confiaba firmemente en que la habilidad de su Führer lograría una vez más salvar todas las dificultades sin guerra. Pero esta vez Inglaterra se mantuvo firme y la declaró. ¿Obraron con efecto retardado, como es habitual tratándose de la peculiar idiosincrasia británica, las promesas del año anterior ya de imposible cumplimiento? Evidentemente, una fatalidad pareció dirigir todos los sucesos, pero su reconocimiento no obsta a la clara calificación de la conducta de los conspiradores, que no es que quisieran deponer a Hitler porque creyeran que su política conducía a la guerra, sino que querían que se declarase la guerra para poder deponer a Hitler.

Difícil sería querer valorar exactamente la influencia que tuvieron sobre las determinaciones bélicas de la Gran Bretaña los avisos que recibió en el año 1938 denunciando la existencia del movimiento contra Hitler y encareciéndola a mantenerse firme frente a sus reivindicaciones. Pero tampoco podrían minimizarse sus efectos. Todo él gigantesco aparato de la propaganda anglosajona ha insistido posteriormente en el tremendo error que significaron los viajes de Chamberlain a Alemania. El año 1938 hubiera sido la ocasión de mostrarse firmes frente a Hitler, se ha repetido en todos los tonos después de haberse venido en conocimiento del alcance de la conspiración. Indudablemente, o Chamberlain no tomó entonces en serio los avisos o no creyó en la fuerza de los conjurados y prefirió seguir el camino de entenderse con Hitler. Pero la implantación del protectorado sobre Bohemia y Moravia violando el compromiso de Munich fué un fatal error de Hitler que dió nuevas alas a toda la oposición contra él, obligada hasta ese momento a tascar el freno. Y es de suponer que la irritación en los círculos ingleses seguidores del camino de Munich debió de ser tanto más grande ante el pensamiento del error cometido al desoír los ofrecimientos de los conspiradores. Si la pretensión de ligar directamente con todo ello el brusco cambio de la actitud británica después de la marcha sobre Praga, es en todo caso evidente que la conspiración anti-hitleriana durante esta primera fase, ni logró evitar la guerra ni podría afirmarse que no había contribuido, por el contrario, en cierto modo, a provocarla.

«Al romperse las hostilidades, los ingleses presintieron que se acercaba una guerra sin cuartel y que desde ahora no podrían es-

perar más ayuda del almirante Canaris. Mientras tanto, en la Tirpitzufer, el almirante, que había leído a algunos de sus colaboradores extractos del discurso de Hitler del 22 de agosto, les declaraba que una derrota de Alemania sería terrible, pero una victoria de Hitler más terrible aún, añadiendo que nada debería omitirse que pudiera acortar la guerra» (5).

Este hecho, sólo creíble por tratarse de numerosas confesiones espontáneas, de que después de empezada la guerra continuara el propósito de favorecer la victoria del enemigo, no puede explicarse sólo por un rencor y un deseo de venganza, aunque así lo dé a entender Schlabrendorf. Indudablemente influyeron equivocadas consideraciones políticas: la esperanza de poder ganar la confianza británica y poner fin a la guerra en favorables condiciones. Los «resistentes» estaban convencidos de que Inglaterra combatía a Hitler por las mismas razones que ellos y que era sólo cuestión de convencer a los dirigentes británicos de la buena fe y pacíficos deseos del círculo antihitleriano para establecer entre Inglaterra y Alemania una excelente amistad. Pero el angustioso afán con que desde los círculos de los «resistentes» se solicita un gesto amistoso de Londres si deponen a Hitler, se estrella siempre ante una invariable indiferencia británica.

En política, ha dicho Anatole France, no hay nunca traidores, hay sólo perdedores, con lo cual no ha querido seguramente significar sólo que el concepto de traición, como el de crimen de guerra, no sea la mayor parte de las veces más que un mero pretexto que el vencedor invoca para aniquilar al vencido y quedarse con sus despojos, sino que entran realmente en juego para enjuiciar una traición-consideraciones sobre sus resultados. Y en este sentido, el balance de la conspiración antihitleriana no puede ser más desconsolador.

No es, por supuesto, la primera vez en la Historia que se han producido discrepancias ideológicas con la política seguida por el propio Estado. Abiertamente manifestadas en algunos casos aliándose con el enemigo, como hizo el Condestable de Borbón. Aparentando servir al Estado al que se ha jurado lealtad y montando en realidad una política propia, como hicieron el general Caulaincourt, Duque de Vicencia, al ir a contarle al Zar Alejandro las verdaderas intenciones y posibilidades de Napoleón; así como Talley-

---

(5) IAN COLVIN, *Chief of Intelligence, Canaris, A British Agent?*

rand, en constante inteligencia con sus adversarios. De los dos métodos parece más honrado el primero, lo que no impidió al Conde de Benavente prender fuego a su casa, que consideró mancillada por haber tenido que alojar en ella al Condestable. Uno y otro responden en todo caso al hondo convencimiento de que se está sirviendo a una causa más noble y elevada que la de la propia patria. Evidentemente, Canaris no es un ambicioso vulgar, ni un agente a sueldo, ni un oportunista. Toda su actuación está inspirada por una firme creencia, tan firme como la que por su parte animaba a Hitler. «Odiaba a Hitler y al nacionalsocialismo», nos dirá de él Schlabrendorf. Y al servicio de lo que sin duda considera un noble y legítimo ideal no omite medio antes y durante la guerra para provocar la derrota de Hitler.

En siglos pasados la pertenencia a una patria era un hecho tan primario que se hacía difícil anteponerle otro ideal. Hoy las naciones se bambolean, como tantas instituciones e ideas, y surgen por doquier otras nuevas exigiendo fidelidad y motejando de traidores a los disidentes. Los comunistas lo dicen expresamente: todo obrero que delinca contra la conciencia de clase interpretada como lo ordena la ortodoxia del partido es un social-traidor. Y en el lenguaje habitual se deslizan conceptos que denotan la misma tendencia: traición al linaje, traición a las ideas, traición a la fe. Los anglosajones han acusado en nuestro caso a Hitler de traición a su palabra, a normas obligatorias de convivencia entre los pueblos civilizados. Hitler les ha respondido llamándoles traidores a Europa, a la raza blanca, a la cultura occidental. La decisión sobre la mayor o menor justificación de estas respectivas acusaciones está todavía quizá en el aire, pero no así la relativa a la concreta actuación de los «resistentes» alemanes que anteponiendo su odio a Hitler a toda otra consideración, trataron a todo trance de ganarse la amistad y confianza inglesa a fuerza de delaciones, fracasando en sus propósitos de aminorar los males de la guerra como habían fracasado antes en los de evitarla. En lo único que no fracasaron fué en su deseo de lograr a todo trance la derrota de Hitler, aun a costa de una grave derrota de Alemania.

Obran, en efecto, numerosos testimonios de que contando con Canaris, jefe de la Abwehr o Servicio de Información, Halder y Oster transmitieron a Londres con antelación fechas y detalles de todas las principales operaciones militares planeadas por Hitler: la invasión de Noruega, la de Bélgica, Holanda y Francia, la de



Rusia. La poca inclinación de Hitler a realizar el desembarco en Inglaterra (operación Sea Lion) fué favorecida con noticias deformadas sobre la fuerza de las defensas británicas (6). No se omitieron esfuerzos por hacerle perder a Alemania ayudas y alianzas.

Queda por examinar la justificación del atentado. Después del desembarco anglosajón en Normandía algunos conjurados habían preguntado si tenía todavía finalidad política. «No importa que la tenga o no, había contestado Tresckow. Importa demostrar ante el mundo y ante la Historia que el movimiento de resistencia alemán ha llegado hasta el fin» (7).

Parece que hubiera podido también tenerse en cuenta la necesidad de justificar el atentado ante el pueblo alemán.

El general Guderian (8), que no vacila en discrepar abiertamente de los métodos empleados por Hitler para dirigir la guerra, vacila aún menos en condenar abiertamente el atentado que aun en caso de éxito en nada hubiera mejorado las perspectivas del Reich, dada la vigencia del acuerdo de los aliados de rendición incondicional. «Es más —añade—, aún hubiera producido un efecto peor. En aquella fecha una gran parte del pueblo alemán seguía creyendo en Adolfo Hitler y hubiera llegado al convencimiento de que los conjurados habían eliminado al único hombre capaz todavía de conducir la guerra a un final airoso. Con la imputación de haberlo impedido quedaría manchado el Ejército atrayendo sobre sí el odio y el desprecio del pueblo, que nunca comprendería cómo en medio de una lucha a vida o muerte, violando su juramento a la bandera, los militares habían dejado sin gobierno la nave del Estado» (9).

Kurt Assmann (10) dedica también en su documentada obra

(6) «Los informes de Canaris sobre Inglaterra estaban teñidos de un extraño irrealismo. Sobrestimaban largamente el poder de las fuerzas defensivas británicas, sugiriendo que podría haber tanto como 39 divisiones, aunque sólo 20 fueran completamente operativas. En realidad en septiembre no había más de 16 para defender el área de invasión» (IAN COLVIN, *Chief of Intelligence, Canaris, A British Agent?*, pág. 121).

(7) SCHLABRENDORF, op. cit.

(8) KURT VOWINCKEL, *Erinnerungen eines Soldaten*, Heidelberg, 1951.

(9) Op. cit., pág. 316.

(10) EBERHARD BROCKHAUS, *Deutsche Schicksalsjahre. Historische Bilder aus dem zweiten Weltkrieg und seiner Vorgeschichte*. Wiesbaden, 1950.

sobre los acontecimientos más salientes de la última guerra un largo capítulo al atentado del 20 de julio y a su preparación. Su juicio, objetivamente razonado, es también francamente adverso. En plena guerra, opina, el Ejército no tiene más que un deber: vencer. Las razones que pueden justificar en tiempos de paz su intromisión en la política y que al efectuarla le han hecho en ocasiones merecer bien de su patria —como es el caso, que cita expresamente Assmann, de Franco en España—, no pueden invocarse en medio de una guerra. En ella todo lo que sea distraer la atención del único objetivo de la victoria es inmoral y reprobable. El motín, la sedición y el sabotaje han contradicho la ética del soldado en todos los pueblos. La disciplina ha sido en todos los tiempos la premisa fundamental del espíritu militar. La fidelidad al juramento prestado a la bandera y al Jefe supremo no puede ser violada sin que se disuelva la esencia misma de la institución castrense. El mariscal von Manstein pudo decir ante el Tribunal militar de Hamburgo: «Los soldados alemanes cumplimos nuestro juramento al Káiser hasta que él nos desligó del mismo y se fué al extranjero. Cumplí mi juramento a la república de Weimar hasta que sus políticos traspasaron el poder a Adolfo Hitler. Del mismo modo cumplí mi juramento a Hitler.» Y el mariscal von Rundstedt cuando le preguntaron en Nuremberg por qué no había ayudado a la resistencia contestó: «Era un soldado y no un traidor».

Podría aún plantearse en teoría la hipótesis del caso extremo de un mando militar notoriamente incompetente que estuviera llevando a la nación a una ruina evitable con otras directrices. ¿Sería aún ilícita la rebelión por el hecho de estar en guerra? Notoriamente no era el caso de 1944. Los conjurados carecían de toda posibilidad de torcer el destino de Alemania. Conocían la inquebrantable decisión aliada de la rendición incondicional. Todas sus tentativas para anular un vínculo con los anglosajones habían caído siempre en el vacío. Era harto evidente, pues, en 1944 que Inglaterra no había entrado en campaña contra Hitler, sino contra Alemania, y que tanto le daba el nacionalsocialismo como los militares.

La muerte de Hitler en 1944 no hubiera mejorado en nada la suerte alemana. El atentado fracasado produjo consecuencias terribles. Cerca de medio millar de oficiales y generales fueron condenados a la última pena. Muchas relevantes personalidades de

la política y economía cayeron también en la depuración. En la nación alemana se abrió una herida interna difícil de curar.

El hecho de que en un pueblo tan culto y amante del orden como el alemán haya podido producirse en plena guerra un fenómeno de disgregación interna tan grave como el revelado por estos sucesos es un fenómeno sintomático de la época de tránsito que vive la Humanidad. La escisión alemana no es en su última esencia algo distinto de las escisiones que se han manifestado en forma más o menos violenta en todos los demás países del mundo desde la guerra civil española a las depuraciones y persecuciones anti-colaboracionistas de Francia, Bélgica y Holanda; las represalias antifascistas italianas, las ejecuciones de Quisling y sus partidarios en Noruega, pasando por las revoluciones y golpes de Estado en Sudamérica y países árabes, sin contar los monstruosos baños de sangre del bolchevismo y del mundo asiático.

Vivimos entre dos épocas. Asistimos al final de un siglo y comienzo de otro, y el fenómeno sigue desarrollándose con velocidad creciente que no permite sobre el acontecimiento inmediato más que juicios provisionales y efímeros.

Dentro de tales límites cabe señalar como características comunes más salientes de todas las ideologías en pugna el fanatismo con que son defendidas por sus respectivos partidarios, así como la equivocación en la elección de medios escogidos para llegar al fin deseado. En definitiva, ceguera en todos los aspectos. La misma convicción de estar defendiendo el triunfo absoluto del bien sobre el mal en la tierra ha demostrado, en efecto, el comunista ruso, el demócrata anglosajón o el nacionalsocialista alemán. Con el mismo heroísmo han sabido morir por lo que consideraban la única causa sacrosanta los adeptos de unas u otras doctrinas. Análogos errores han contribuido asimismo en todos los casos a dilapidar una victoria por un momento en la mano.

Limitando el parangón al ámbito de nuestro mundo occidental, y más concretamente al de Alemania, que es el tema de nuestro estudio, surge ante todo como contrapunto de los odiosos excesos del régimen nacionalsocialista la mayor odiosidad aún de la con-fabulación de unos grupos de alemanes con quienes estaban llevando a cabo la destrucción masiva de todas las ciudades patrias y convirtiendo la guerra en una matanza sistemática de la población civil.

Minuciosamente se han hecho resaltar en todo el mundo los errores psicológicos de Hitler, que contribuyeron al desencadenamiento de la guerra, así como los estratégicos y tácticos, que contribuyeron a perderla. Pero frente a ellos no pueden dejarse de mencionar en un análisis objetivo los cometidos por los «resistentes» al creer que Inglaterra combatía sólo al nacionalsocialismo y no a Alemania. En definitiva, toda la historia de la resistencia antihitleriana es un afanoso intento de establecer unos vínculos de amistad con Inglaterra, siempre desdeñosamente rechazados. Los «resistentes» olvidaban que Hitler era precisamente el fruto de la sistemática negativa por parte de los británicos a estrechar esa mano de amistad cuantas veces les había sido tendida por los alemanes. La última vez lo había intentado el general Schleicher. Desbaratando el habilidoso equilibrio entre el Este y el Oeste, buscado por el general Seeckt, Schleicher había procurado angustiosamente la integración decidida de Alemania dentro de un bloque occidental, pero tanto Francia como Inglaterra le habían negado todo apoyo. Por eso había subido Hitler al Poder, haciendo pagar a Schleicher con su vida su intento de impedir el triunfo del nacionalsocialismo con la ayuda francobritánica. ¿Podían tener mejor éxito los intentos de los resistentes después del advenimiento de Hitler? Los hechos han seguido dando la misma respuesta, tras de la cual parece difícil absolver a aquéllos de su contumacia. La frase del *New York Herald Tribune* el 9 de agosto de 1944 de que los norteamericanos se felicitaban por haber salido ileso Hitler del atentado y pudiera así liquidar a sus generales, fué el triste, pero certero epitafio que merecieron.

Evidentemente hay una fatalidad histórica en el hecho de la situación geográfica central de Alemania, sin barreras naturales que la protejan de sus poderosos vecinos del Este y del Oeste. Este factor, así como el instintivo recelo de tales vecinos ante el surgimiento de un nuevo núcleo de fuerzas en el centro de Europa, condicionan toda la política alemana. Dentro de este marco es como hay que juzgar la política internacional hitleriana surgida quince años después del fracasado intento de atenuar por cualquier otro medio las duras condiciones del dictado de Versailles. Y después de todo tampoco Hitler cerraba ni mucho menos las puertas a la posibilidad de una amistad británica, acentuando siempre, antes al contrario, su deseo de lograrla y aun dejando escapar en Dunkerque, influido indudablemente por aquella obsesión, la

mayor probabilidad de victoria que nunca pudo presentársele (11).

Los que condenan la política hitleriana basándose en su trágico resultado final tienen igualmente que condenar entonces por los mismos motivos todo el proceso conspiratorio contra ella. Como asimismo desde el punto de vista polaco toda la política iniciada por el mariscal Smigly-Ryds y el ministro Beck, invirtiendo la de amistad hacia Alemania mantenida por el mariscal Pilsudski y apoyándose en la británica. Y la de los liberales rumanos, que negociaron en El Cairo la paz separada de Rumania con los anglosajones, facilitando de hecho la entrega de su país al comunismo soviético.

Es fácil clamar como hacen hoy al unísono polacos, rumanos y «resistentes» alemanes contra la incomprensión de los dirigentes anglosajones, que dió al traste con sus nobles esfuerzos por integrar sus países en el bloque democrático occidental. Pero cabe también preguntarse si no habría que contar con esa constante histórica y dentro de las duras e inflexibles circunstancias impuestas por el destino elegir como único resquicio de salvación el camino que marcaba Hitler de la lucha contra el bolchevismo por encima de todo y hasta el fin.

Seguimos realizando la gran transición histórica de la que todas las guerras y revoluciones del siglo son parte integrante, y no es hora todavía de hacer balances. Pero ni parece sólida la tesis de que la acción de un movimiento conspiratorio dirigido en plena guerra por generales y altas personalidades políticas fuera indiferente sobre el curso de ella ni se inclina tampoco hoy el ánimo

---

(11) La orden, impuesta personalmente por Hitler al general von Rundstedt, de detener el avance de los carros blindados de Guderian, que se aprestaban a cerrar irremediabilmente la salida al mar del ejército británico, así como la transmitida a la tercera flota aérea de no intervenir en el bombardeo de las operaciones de evacuación, obedecieron indudablemente al deseo de tender un puente de plata que facilitara la paz con los ingleses. Durante la hora y media que duró la deliberación sobre el tema en el cuartel general, Hitler expresó su esperanza de haber alcanzado aquel objetivo antes de seis semanas, añadiendo que el Imperio británico era una bendición para el mundo y que dado que las colonias alemanas constituían para él sólo una cuestión de prestigio a la que estaba dispuesto a renunciar definitivamente, no debían levantarse nuevos obstáculos en el camino de la inteligencia con los ingleses, necesaria para acabar con el bolchevismo. (Véase KURT ASSMANN, *Deutsche Schicksalsjahre*, pág. 168 y sig.: «El milagro de Dunkerque».)

mo a aceptar la afirmación de que lo peor para el mundo en todo caso hubiera sido el triunfo de Hitler. Por lo menos desde un punto de vista estrictamente alemán, no parece ciertamente que pueda calificarse de patriotas, como pretenden algunos, a los jefes de la resistencia que, a prueba de desaires en toda una trayectoria política y a pesar del acuerdo de rendición incondicional, que desvelaba claramente los verdaderos propósitos de los aliados y que sólo como consecuencia de los bárbaros traslados forzosos de territorio ocasionó después de terminada la guerra más de cinco millones de muertos, laboraron de hecho con todo abinco, llegando hasta el atentado personal contra el jefe del Estado, por facilitar la entrega de su Patria al enemigo.

MARQUÉS DE VALDEIGLESIAS